

Apología de las

F O E S T A S

9 currió hace muchísimos años; seguramente hace bastantes siglos. Los cronistas de aquella época cuando describen este singular suceso se olvidan de transmitirnos la fecha exacta.

La vida transcurría apaciblemente; los relojes todavía no marcaban el ritmo de la vida humana y solamente el sol reglamentaba con su capricho estacional las horas de descanso y las dedicadas al trabajo. Nadie sabe cómo empezó la organización ni de quién partió la idea. No nos extrañemos puesto que la historia abunda en anonimatos semejantes. El caso es que todo el pueblo se encontró reunido en la plaza como atraídos por un imán oculto. Ponían sus notas distinguidas los trajes domingueros y esas exquisiteces que se guardan para las ocasiones memorables. Fueron unas horas de común alegría. Se respiraba algo muy familiar no tan presente en otras ocasiones e incluso el alcalde repartía saludos a diestro y siniestro con una cadencia especial. Las diversiones fueron muy variadas: los hombres por un lado, las mujeres por otro y los chicos fieles a su eterna psicología por todas partes. Luego vinieron los regocijos comunes: los especialistas comenzaron a lucir sus habilidades mientras todo el pueblo sentado en círculo seguía con atención el desarrollo del no muy nu-